



## Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



# X – El juicio al monje maldito

## 39 – El combate de los jefes

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2022  
Número de páginas: 6  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## X. 39 – El combate de los jefes



**E**sa tarde, los *fidauis* se reunieron en la tienda de Sulaymán el Búfalo, y después de beber el café, pasaron a cosas más serias:

– Y bien, capitán Sulaymán, si mañana se presenta Ibrahim aquí, y el sultán nos ordena que combatamos contra él, ¿qué le responderemos?

– Esta vez no tendremos más remedio que luchar –respondió Sulaymán–. Ya lo eludimos la última vez, y no podemos volver a las andadas. Como dice el proverbio: “Un golpe en la sandalia, y otro, en el casco del caballo<sup>1</sup>”. Así que mañana seré yo quien abra el combate: si Ibrahim se presenta, yo simularé que combato con él durante

unos diez minutos, luego, me rendiré. Vosotros solo tenéis que imitarme, y, cuando el rey haya visto que numerosos capitanes se han dejado capturar, entonces comprenderá que va a tener que arreglárselas solo. De todos modos, Ibrahim no es un cualquiera ante quien se pueda desenvainar impunemente un arma.

– ¡Muy bien pensado! –aprobaron todos los demás, que aceptaron su consejo.

A la mañana siguiente, el rey se levantó, hizo sus oraciones del alba, recitó algunos versículos en honor del Profeta, y, luego, se fue ocupar su sitio en el pabellón real. Sobre el mediodía, se abrieron las puertas de Tiberíades, y de pronto apareció el ejército de los francos, capitaneado por Tabarín y Jaddûr, junto con Yauán y Bartacûsh; a la cabeza, marchaba Ibrahim, forrado de hierro y cubierto con una cota de mallas que destellaba con los rayos de sol. Nada más bajar a la arena, Ibrahim comenzó a caracolear frente a las tropas, levantando una nube de polvo mientras lanzaba un desafío a su adversario.

– ¡Vamos, nobles hijos de Isma’il, traédme aquí! –les ordenó el sultán.

<sup>1</sup> Equivalente al refrán español: “Una da cal, y otra, de arena”.

– ¡Por tus bellos ojos, *dawlatli!* –respondieron todos a una.

Tal y como habían acordado, el primero en bajar al campo de lizas fue el capitán Sulaymán el Búfalo.

– ¡Así que tú, primo mío, levantas tus armas contra mí? –le lanzó Ibrahim al verle llegar.

– ¡Dios no lo quiera, hijo de La Canosa! Pero, qué le vamos a hacer, yo obedezco órdenes. Si estás de acuerdo, podemos intercambiar algunos golpes de pacotilla, y, después de romper dos o tres lanzas sin hacernos daño, me rindo, me voy contigo a Tiberíades y me uno a ti.

– ¡Pues bienvenido y en buena hora! –lo celebró Ibrahim.

Ibrahim cargó contra su adversario y arremetió con unos cuantos golpes de risa; luego, tras dos o tres supuestos ataques con las lanzas, Sulaymán se rindió. Ibrahim se lo llevó adonde los francos, ordenándoles que le condujeran a su palacio y le trataran con todos los honores debidos a un invitado de categoría. Poco después, Nisr, hijo de Ajbûr bajó al terreno, y también, tras un arremedo de combate, se rindió. Abreviemos: dos días más tarde, las tres cuartas partes de los *fidauis* estaban en Tiberíades, al lado de Ibrahim. Al comprender que se hallaba ante “una anguila bajo piedra<sup>1</sup>”, el sultán convocó a los que aún quedaban en su campamento.

– ¡A ver, vosotros! ¿se puede saber a qué me estáis jugando? –les preguntó el sultán con voz severa.

– ¡Gracia, *efendem!* ¿Qué tienes que reprocharnos?

– Cada vez que uno de vosotros baja a enfrentarse con Ibrahim, es capturado en cosa de pocos minutos. ¿Cómo os explicáis eso?

– ¡Nosotros no podemos hacer nada, mi señor! Ibrahim es un guerrero formidable: acuérdate de la batalla de Angobar. No somos capaces de dar la talla ante tal adversario, y, en estas condiciones, no es nada deshonoroso el rendir las armas.

– Os conjuro por el Nombre Supremo de Dios, a que me digáis la verdad –insistió el rey.

– Pues bien, la verdad, *efendem*, es que nos rendimos ante Ibrahim por dos razones: la primera, es que, de hecho, el combate es bastante desigual, y, la segunda, es que todos nosotros hemos hecho un juramento de hermanos, y el reglamento de nuestra cofradía nos prohíbe combatirnos los unos a los otros. De cualquier modo, ninguno de nosotros puede medirse con Ibrahim.

– Esta vez, habéis dicho la verdad, y no puedo reprocharos nada –concedió el rey–. Como dice el proverbio: “Nada mejor para rascarse que tus propias uñas”. Así que yo me encargaré personalmente de traer aquí a Ibrahim para hacerle entrar en razón.

El visir quiso protestar, pero el sultán le cortó en seco:

---

<sup>1</sup> Refrán equivalente al nuestro “una piedra en el zapato”.

– ¡No te he dado la palabra, Shâhîn! ¡Te juro por mi cabeza, que, si te obstinas en contrariarme, te envío a ti a traerme a Ibrahim!

El visir, prudente, no se atrevió a volver a abrir la boca.

A la mañana siguiente, cuando Dios iluminó la aurora, Ibrahim se presentó de nuevo en el campo de lizas. El rey se levantó de un golpe, pidió su caballo de guerra, se equipó, saltó a caballo y clavándole las espuelas, cargó a fondo.

– ¡Eh, no tengas tanta prisa! –gritó Ibrahim al ver llegar a su adversario.

– ¡En guardia, Ibrahim! –replicó el sultán– ¡Qué lástima! ¡cómo me equivoqué contigo! y qué razón tiene el poeta cuando dice:

*Yo, que en ti veía la fuerte ciudadela  
en donde de mis enemigos escapar a sus golpes  
Pero ha sido tu mano, por desgracia, compañero infiel  
la que me ha golpeado y puesto de rodillas*

*Yo, que había deseado, en todas las batallas  
Tenerte a mi lado protegiendo mi flanco  
Tú, me has abandonado a las flechas que me asedian  
Y esta traición, es mi peor tormento.*

¡No, no puedo creer que tú seas así, Ibrahim! –prosiguió El-Zâher, que se preparaba para seguir sermoneando a su adversario; pero éste, le cortó en seco:

– Nada de palabras inútiles, *efendem*. Aquí estamos para combatir, no para recitarnos poemas. Al que se humilla, Dios lo doblegará, y al que es respetado, Dios lo encumbrará. Solo con la punta de la espada un hombre, digno de ese nombre, obtiene lo que es su derecho: ¡los falsos testimonios y las leguleyerías son para los impotentes!

– ¡Tú lo has querido, Ibrahim! –le dio el sultán por toda respuesta, colocando su lanza en ristre.

Los dos guerreros se lanzaron uno contra otro, chocando entre sí como dos montañas, lanzando tales gritos que bien podrían hendir las rocas y enfrentándose cual dos leones furiosos. No veían ya ni cielo ni tierra, perdidos en medio de una nube de polvo que les ocultaba de las miradas; una nube en la que refulgían las chispas de las armaduras y los cascos de sus caballos. Cada cual, parando y atacando, tomando distancia y volviendo a la carga; persiguiendo o siendo perseguido; ambos combatían con tanta violencia que sus monturas nadaban en su propio sudor, y hubo momentos en los que cada uno de ellos, más de una vez, tuvo ocasión de desear que Dios nunca lo hubiera creado. De hecho, Ibrahim era uno de los guerreros más grandes de su tiempo; pero el sultán, también era un caballero invencible, y tenía en sus espaldas la fuerza de los cuarenta Hombres de Dios. La

confrontación duró todo el día, hasta que se tocó a retirada; el sultán dejó la lucha y regresó a su tienda, en donde el visir lo recibió conforme a la etiqueta establecida, felicitándole por haber vuelto sano y salvo.

– *Efendem*, ¿harías el honor de comentarnos qué impresión te ha producido tu adversario? –le preguntó el visir.

– Shâhîn, te juro por mi cabeza que Ibrahim es un guerrero de un temple excepcional; conoce todos los secretos del oficio de las armas.

Esto, en lo que se refiere al sultán, y en cuanto a Ibrahim, pues regresó hasta las líneas de los francos, en donde le esperaban Yauán y Tabarín.

– ¡Bravo, hijo del Korani! –le felicitó el fraile maldito– ¡Por mi religión, que jamás habría creído que aguantarías tanto tiempo luchando contra el *rey* de los musulmanes!

Ibrahim se retiró al palacio que le habían asignado a él y a los ismailíes. Se les sirvió una buena cena, preparada en las cocinas del *babb* Tabarín. Comieron con buen apetito, y luego, entablaron una agradable charla de sobremesa.

– Dinos, Ibrahim, ¿qué tal ha ido hoy la contienda entre el sultán y tú? –preguntó Sulaymán el Búfalo.

– Por la santidad de mi Señor, el Jidr Abu-l-Abbâs, os aseguro que el sultán me sobrepasa completamente –reconoció Ibrahim–. Si hubiera querido matarme, lo habría podido hacer en cualquier momento; pero solo pretendía capturarme.

Habéis de saber, nobles señores, que esa era la verdadera intención del sultán; aunque éste no había encontrado la ocasión de realizarlo, pues Ibrahim era un adversario tan fuerte, como astuto, y no ignoraba ninguna de las artes del oficio. No obstante, el sultán bajó al día siguiente al campo de lizas: Ibrahim y el sultán combatieron durante todo el día sin que ninguno de los dos sacara ventaja. Al tercer día, sucedió exactamente lo mismo, lo que puso a Qalaún de los nervios:

– *Ishté* –murmuró al oído a Alay El-Dîn El-Baysari, su habitual confidente– Ibrahimek es una *fellah* y *padishâh* no capaz de abatirle. Mañana puede ser Ibrahim da un golpe de espada a *padishâh* y corta su cabeza, y entonces es el *fellah* llegar a *padishâh* en su lugar. ¡Dios nos proteja de *Yins-e fellah*!

Este venenoso comentario fue, lógicamente, bien recibido por los emires opuestos a El-Zâher. Por la noche, cuando éste regresó del campo de batalla y Saad le comentó estos comentarios, el sultán se encolerizó.

– ¿Así que los emires me creen incapaz de vencer a Ibrahim? –dijo el visir a Shâhîn– Pues bien, visto lo visto, mañana libraré el combate decisivo: el día no acabará sin que uno de nosotros termine cautivo o muerto.

– *Efendem*, ojalá Dios haga eterno tu reino, Tu Majestad no tiene necesidad de que se le recuerde la proverbial enemistad que desde siempre existe entre los emires y los hijos de

Ismail. Y, si estos propósitos son desagradables, piensa en el proverbio que dice: “el león no presta oídos al ladrido de los perros”.

– No, Shâhîn –replicó El-Zâher–. Un rey jamás debe permitir que se debilite su prestigio. Por mi cabeza y por la de Aquel que me ha confiado que me haga cargo de Sus criaturas, ¡mañana terminaremos de una vez por todas con esta querella!



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.40 – Paladín de Doncellas encuentra a un rival más fuerte